

Un maestro: Alejandro Korn

La Facultad de Filosofía y Letras, cuyos umbrales pisé por primera vez el 4 de abril de 1904, y su Centro de Estudiantes, en cuya fundación yo participé el año 1905, se juntan en el recuerdo de mis años primaverales en una sola imagen múltiple. Cuando evoco el pasado no puedo disociar sus elementos: las ambiciones, que eran sueños, separarlas de la humilde vida bohemia, hoy convertida para mí en poesía; las vigiliadas estudiantiles, de la alegre camaradería y el rudo batallar por esto o por aquello en las aulas y en la calle no, no puedo quebrar aquella imagen, sin deformar sus elementos.

Alejandro Korn, aparecido en la Facultad el año siguiente al de la fundación del Centro, amigo de los estudiantes por natural vocación de maestro, ocupa en ese pasado un lugar preeminente, junto a otros maestros a quienes estoy dispuesto a evocar en esta revista más adelante si sus directores me lo consienten.

No sé si son conocidas las circunstancias en que Korn se incorporó a la enseñanza universitaria. Mediaba el curso escolar de 1906, cuando quedó de pronto vacante la cátedra de Ética y Metafísica que dictaba con carácter interino el profesor J. Alfredo Ferreyra.

Este noble maestro, egresado de la Escuela Normal de Paraná, y uno de sus hijos más eminentes, se había hecho cargo de la cátedra ese mismo año por primera vez, por impedimento del titular, el doctor Rodolfo Rivarola. Pero el profesor Ferreyra no tenía mentalidad uni-

versitaria y encaró el curso con un criterio muy personal, de fervoroso adicto a las doctrinas de Comte, no sólo a su filosofía positiva, que fué la que informó la enseñanza en la escuela de Paraná, sino a la curiosa religión —parodia de la católica— inventada por el pensador francés al término de sus días bajo la influencia de Clotilde de Vaux. Nuestro curso, frecuentado por una docena de alumnos, había sido condenado a la tarea estricta de comentar el catecismo positivista de Augusto Comte, en una especie de conversación muy vagamente socrática en que llevaba la voz cantante y cubría siempre con ella la del profesor, Alberto de Diego, aquel muchacho de tenebroso rostro barbudo, viva fantasía y corazón generoso, vilmente asesinado en Quilmes años después por unos matones políticos. Cuando nos hartamos de reirnos del santoral comtiano, un día de clase, no sabría decir si por acuerdo previo entre los estudiantes, que tal vez no lo hubo, se produjo una silenciosa deserción total. No necesitó más el profesor Ferreyra, espíritu delicado y caballeresco, para comprender que su enseñanza no era de nuestro agrado, y presentó su renuncia. Venturoso acontecimiento en la historia de nuestra cultura. A las pocas semanas aparecía en la cátedra un nuevo profesor, encargado de remendar el curso descosido. Un hombre alto, más que cuarentón, de tórax robusto, de rostro franco e inteligente, algo brusco, de lacio cabello castaño con reflejos dorados, que se nos dijo era médico y venía de La Plata. Nada más sabíamos de él. Así fué como Alejandro Korn abandonó su serena existencia de estudioso solitario para convertirse en maestro de la juventud. Poco intimó con nosotros en ese final de curso en el cual se vió obligado a encuadrar a duras penas sus rigurosas lecciones sobre metafísica en un programa que difícilmente él hubiera podido aprobar. Pero esa fué la iniciación.

El año siguiente hubo jaleo en la Facultad. Los estudiantes, agrupados en el centro de reciente formación, repudiamos con juvenil franqueza y valentía a buena parte de los profesores suplentes designados por el Consejo entre gallos y medias noches, a espaldas de las ordenanzas. El presidente del Centro, el hoy doctor Francisco D'Andrea, y el secretario, que lo era yo, fuimos castigados con un apercibimiento, aunque no nos faltaron defensores en el propio Consejo. Recuerdo aún la tarde en que el decano José Nicolás Matienzo nos llamó a su despacho para comunicarnos la sanción, que nos negamos resueltamente a aceptar por juzgarla mal aplicada. Cuando el cortés coloquio, en el cual el decano adoptó un aire paternal, derivó hacia la consideración del problema de encontrar profesores competentes para ocupar todas las cátedras, el doctor Matienzo nos hizo una ca-

lucrosa apología del nuevo profesor incorporado a la de Ética el año antes. Más o menos vino a decirnos cuán difícil era hallar en el país docentes de filosofía dignos de la cátedra universitaria y cuánta había sido la suerte de la Facultad el descubrir a un estudioso serio y bien informado, que se había dejado persuadir de hacer abandono de su meditativo aislamiento para traer al aula el fruto de sus lecturas.

Ignoro, porque nunca se me ocurrió preguntárselo al doctor Korn, quien fué su descubridor. Quizás, presumo, lo fuera el propio doctor Matienzo; en tal caso debe la cultura argentina agradecerle el señalado servicio de haber incorporado a la cátedra quien sería en pocos años renovador de los estudios filosóficos en nuestras universidades, al apartarse —aunque médico y psiquiatra—, del ya infecundo positivismo que hasta entonces había privado en la enseñanza superior y secundaria —del cual el mismo Matienzo era típico representante— llevándonos a los nuevos cauces por donde corría el pensamiento europeo.

Volví a ser alumno de Korn en la cátedra de Historia de la Filosofía, en la cual reemplazó al profesor Guillermo Keiper. Al término de una visión panorámica del curso del pensamiento occidental desde los presocráticos, tratamos en particular el *Discurso del Método* y las *Meditaciones Metafísicas* de Descartes. Mis impresiones no pueden diferir de las de muchos alumnos que siguieron sus clases en Buenos Aires y La Plata durante los largos años que ejerció la docencia. Todos recordamos la claridad de sus disertaciones, su aptitud para la síntesis, su comprensión histórica de las doctrinas que examinaba hasta hacerlas suyas en el momento de la exposición, su agudeza crítica, su felicidad expresiva, no disminuída un ápice por la ecolalia con que remataba los párrafos, especie de martilleo final que parecía contribuir a clavar más firmemente la idea. Su información era copiosa y de primera mano, y no sólo consistía en la bibliografía francesa, italiana y española utilizada hasta entonces entre nosotros, sino en la alemana, incorporada por él a nuestra cultura filosófica. En sus cursos de Gnoseología y de Axiología, más personales por su propia naturaleza, era donde mejor se advertía la fecundidad de su pensamiento creador, como lo atestiguan sus sólidos ensayos. Su crítica del positivismo no era la fácil burla negadora, sino una integración y superación de aquel pensamiento con una documentación más amplia y más nueva, y una incitación a más hondos buceos en los problemas del espíritu y la cultura. Su comprensivo relativismo mal podía ensañarse con fenómenos que el his-

torizador y el filósofo deben comprender so pena de negarse como tales. Apenas si un amable humorismo, que volaba a veces en rápidas y agudas flechas, ponía una leve nota de amenidad en sus severas exposiciones. Así fué como mantuvo siempre con José Ingenieros una amistad cordial fundada en la recíproca estimación personal e intelectual.

Pocos años más tarde insensiblemente me convirtió en uno de sus jóvenes amigos. Con algunos compañeros, entre los cuales recuerdo a Francisco Chelia y Emilio Ravignani, lo visitamos más de una vez en el Hospicio de Alienados de Melchor Romero, cuya dirección ejercía. Allí, sentados sin etiqueta a una mesa bien servida y mejor rociada, se hablaba dichosamente de todo y no poco de poesía, de la que Alejandro Korn era buen gustador. Justamente, su primer contacto, en marzo de 1913, con la revista *Nosotros*, fué publicando en ella un artículo sobre un libro de un poeta platense, conocido en las horas de la renovación modernista bajo el seudónimo de Oscar Tiberio. No quiso Korn declarar entonces su nombre al pie del artículo, quizás, como decía al pie la dirección, "para que sus graves colegas no se enteraran de que se ocupaba de versos", y sólo lo firmó con las iniciales W. W. Entre burlas y veras sustentaba el maestro en este juicio, sazonado por una cortés ironía, una sana doctrina estética cuya validez es perdurable. Doctrina reforzada por la sabrosa página con que meses después colaboró, manteniendo el tono zumbón y voluntariamente despreocupado, en una encuesta sobre el valor del *Martín Fierro*, suscitada por las famosas lecturas de Leopoldo Lugones. Quien estudie la evolución de su pensamiento encontrará aun en estas páginas accidentales, elementos nada desdeñables para caracterizar algunos de sus aspectos, no el menos importante en sus incitaciones a la formación de una conciencia vital de nuestras cosas y nuestros problemas, rechazando la imitación servil de modas extrañas. "¿Acaso —preguntaba irónicamente, y téngase en cuenta que esto se escribía hace más de cuarenta años— hemos de tener el valor de nuestros propios sentimientos y afecciones, hemos de pedir a nuestro propio ambiente la inspiración artística, hemos de descubrir una veta en nuestro genio nacional y un paisaje en nuestra llanura? Jamás; nosotros nos vestimos correctamente y pensamos modernamente y escribimos convencionalmente; nunca incurrimos en nada que sea agreste, individual o sincero."

Así era el hombre, ese criollo bien plantado, nacido en parte muy castiza de la provincia de Buenos Aires, cuando todavía se debatía

el pleito entre ella y la Nación; hijo de sólidos inmigrantes, una suiza y un alemán acriollado. De éste debió de heredar, junto con el amor a la libertad —porque el padre era un proscrito de los movimientos del 48—, la salud física, la voluntad, el espíritu de iniciativa, la disciplina mental, y ¿por qué no?, la afición racial al manejo de las ideas generales. Y ya que hablamos del radical argentinismo de este profundo conocedor y admirador de la cultura europea, señalo otro artículo suyo, punzante y sarcástico, también firmado simplemente con las letras W. W., publicado bajo el título de *Teddy*, en diciembre del mismo año, en ocasión de la visita de Teodoro Roosevelt, “el gran cazador”. Merece ser leído, porque anunciaba un tema sobre el cual volvería en ensayos posteriores: la afirmación valiente, no exenta de amargura, de la necesidad de tener una personalidad nacional, “sin necesidad de protectores officiosos y sin solidarizarnos con todos los atavismos indígenas y exóticos, que en el continente se encaminan a cumplir la melancólica ley de su crepúsculo.”

Buen criollo, sí, Alejandro Korn, quien, así como no temía a ninguna idea, no le hurtaba el cuerpo a la vida. No era un profesor más universitario, aunque se diga de gran valor; era, ante todo, un hombre. A este filósofo idealista, que había meditado sobre los más altos valores morales y vivía conforme a ellos una vida sin reproches, hasta podía juzgárselo un epicúreo, porque no se apartaba con hipócrita o enfermizo ascetismo de aquellas honradas satisfacciones que hacen tolerable la existencia, ni aconsejaba a nadie comer solamente acelgas hervidas, y sin sal para mayor castigo. Yo he descendido con Alejandro Korn y otros amigos respetables hasta abyectos lugares del hampa, y lo he visto atravesarlos siempre digno, sin perder su línea de gran señor, como turista curioso que no le hace asco a nada cuando se trata de conocer el espectáculo vario y pintoresco que la vida ofrece. A un gran maestro mío, nuestro profesor de griego Francisco Capello, pude compararlo con el abate Coignard; ni lejanamente era eso Alejandro Korn; no el sabio de estirpe rabelésiana, sino el hombre honesto que vive con sinceridad y sin vanos melindres y temores, porque sabe que nade tiene que reprocharse. Por eso su conducta limpia mereció siempre el respeto de la juventud; por eso hizo y tiene discípulos, quienes aprendieron a comulgar con él en la vida del espíritu, en la frecuentación diaria y personal que prolongaba las enseñanzas del aula.

Él, de su parte, creía firmemente en la juventud. Nadie se lo figure el anciano que busca rehacerse una juventud mezclándose entre

los jóvenes. El "viejo Korn" no necesitaba de esa mentirosa fuente de Juvencia. Fuerte y optimista hasta el fin, superando con la voluntad y la jovialidad los achaques de los años, en él la juventud del alma era una virtud natural, de raíz física y ética. Marchaba a la vanguardia sin esfuerzo, obedeciendo a órdenes irrenunciables de la sangre y la mente. El movimiento reformista universitario lo sorprendió a punto de pisar los sesenta años; pero lejos de asustarse de él, lo comprendió enseguida y explicó en notables páginas publicadas en 1919 en *El Argentino* de La Plata. "¡Toda la humanidad se halla conmovida, escribía, y no había de inquietarse la juventud argentina!" En su opinión, reducir el movimiento a las proporciones de una gresca estudiantil, era falta de visión, no tener la sensación del momento histórico. "Es imprescindible la intervención de los estudiantes en el gobierno de la universidad", afirmaba el primer decano nacido de la Reforma, comentando la huelga estudiantil platense. "Ellos y solamente ellos, decía de los jóvenes, representan el ímpetu propulsor, la acción eficiente, capaz de conmover la inercia y de evitar el estancamiento".

Tales sentimientos explican la adhesión espontánea que siempre prestó a los grupos juveniles renovadores, primero en Buenos Aires, más tarde en La Plata, cuando anunciaba en *Atenea* el comienzo de una vida nueva o aglutinaba a los muchachos del grupo "Renovación" que tuvieron en él al patriarca y el inspirador y acabaron por confiarle la dirección de la memorable revista *Valoraciones*. Era el "escéptico optimista y activo", como lo definí yo mismo en una ocasión, con una fórmula que, lo confieso, todavía me gusta y podría justificar.

Sobre el problema universitario tenía opiniones firmes y muy personales, cada vez más heterodoxas en el correr de los años. Creía en la cátedra libre, rodeada de estudiantes libres, dueños y responsables de sus actos, y la tuvo a su medida, cuando, jubilado en la enseñanza oficial, continuó sin descanso y con absoluto desinterés su magisterio desde la cátedra del Colegio Libre de Estudios Superiores, entre cuyos fundadores se contó, y en las más diferentes tribunas, algunas muy humildes, de la capital y el interior de la República. Rechazaba los pomposos cargos oficiales, decanatos y rectorados, que le ofrecían, e iba a enseñar a tierra de infieles.

Era Korn una conciencia recta e insobornable, y eso los jóvenes saben valorarlo. Era un espíritu sobremano valiente. Baste un re-

cuerdo. Alguna vez describí la tumultuosa asamblea del Teatro Nuevo, donde, con espanto de la burguesía porteña, habló José Ingenieros la noche del 22 de noviembre de 1918, a los pocos días de firmado el armisticio, sobre la *Significación histórica del maximalismo*. Pues ¿quién estaba sentado en el centro del escenario? El decano de la Facultad de Filosofía y Letras, Alejandro Korn. No había acudido deliberadamente a presidir el acto; pero sí a enterarse sin miedo de lo que diría su buen amigo el conferenciante. Si algún imbécil o maligno lo acusó de haberlo presidido, allá él.

¡Por lo que se le importaba la opinión de los necios! Bien lo probó años más tarde, después de la revolución de setiembre de 1930, cuando creyó era su deber tomar posición, entrar en el Partido Socialista, y arrojarle septuagenario a la lucha por la justicia y la libertad.

Sus convicciones no eran solamente, como suele ocurrir, arabescos de la pluma o motivos oratorios; arraigaban en su ser íntimo, las vivía con pasión. Porque Korn era hombre de pasiones fuertes, aunque sabía reprimirse. Su indignación contra los malos pastores, su desprecio hacia los maniobreros audaces o astutos de la política y la universidad, las raras veces que estallaban, fulminaban. Con igual intensidad sentía la amistad y la admiración. Una vez lo vi enojarse de un modo para mí desconocido hasta entonces en él. Fue en defensa de un político cuyas prendas morales él estimaba altamente, contra otro político, amigo suyo, sin embargo, que había atacado con rudeza al primero.

La vida de Alejandro Korn, al contrario de la de tantos que, renegando de las ideas de la juventud, se tapan en la vejez los oídos con algodones y se esconden detrás de ventanas tapiadas para no oír los clamores de la calle, fue una continua ascensión a planos más elevados. Se sabe que murió como un filósofo antiguo. Dos días antes de morir había perdido ya el habla; pero conservaba la lucidez de su espíritu. En un instante en que los hijos rodeaban su lecho, él, casi por señas, mandó que trajesen una botella de champaña. Con el corazón desgarrado hubo que obedecer. Hizo servir tres copas y con la mirada invitó a los suyos a que bebieran por él. Y como oyera que en la habitación inmediata había alguien, dos jóvenes amigos que también velaban, afligidos, indicó que se les hiciese entrar y que también bebiesen.

La satisfacción moral de haber conocido a un maestro cuenta en

la existencia. Haber conocido a un hombre animado de un poderoso impulso vital que lo empujaba hacia las zonas superiores de la inteligencia y la conducta, a un filósofo que, además de expositor disertador y vivificador de doctrinas ajenas, había pensado la propia filosofía, aportando en sus libros, que tan celosamente escondía a la curiosidad profana, una contribución original del pensamiento argentino a la doctrina de los valores; a un maestro estimulante y cordial, de trato agradable y ameno, comprensivo y tolerante, juntador de voluntades y esfuerzos, que de cada discípulo merecedor de ese nombre hacía a la larga un amigo de siempre, hasta la muerte, y más allá de la muerte, como lo pruebo hoy una vez más al rendirle este homenaje en una revista de estudiantes, quienes, supongo, también andan en busca de maestros.